

EL TODO ES ALABANZA

Li Mizar
Salamanca
Barrera*

Resumen:

En el marco de las Bodas de Caná, el punto de partida de este artículo es la hora de la gloria de Jesucristo que revela el carácter sagrado de la totalidad de lo creado y la vocación del ser humano que se hace discípulo, restituye la verdadera naturaleza de todas las criaturas, y abre el tiempo y el espacio para entrar en comunión con Dios en continua alabanza.

Palabras clave: totalidad, alabanza, sagrado, gloria, liturgia.

Introducción

En la obra de Juan, el icono de Caná muestra desde el inicio que abordamos un escrito teológico en forma de Evangelio. En él encontramos el significado de símbolos presentes en las escrituras hebreas, su mensaje se capta mejor a medida que el texto avanza y cada signo realizado por Jesús, quizá contenga todo el mensaje del Evangelio.

El vino en Caná es detonante de la fe de los discípulos “Dios revela su gloria cuando revela su capacidad de cambiar el curso de los acontecimientos”¹ y esta es nuestra esperanza. Hasta el

¹ Ska, *El camino y casa*, 9.

*Licenciada en filosofía y letras por la Universidad Santo Tomás; licenciada en Ciencias Religiosas; magíster en Teología Bíblica y doctora en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana, donde se desempeñó como docente de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología.

momento los discípulos han escuchado al logos-sabiduría encarnada pero les falta contemplar sus obras.

Cada signo expresa la Gloria y la manifestación del amor de Dios en donación gratuita que viene a nuestro encuentro y nos conduce hacia el cumplimiento de la promesa que se manifiesta plenamente en la hora de la cruz.

En la hora, el vino de la fiesta inaugurada en Caná se dará sin reserva de forma desbordante, mantendrá el gozo de la vida según el Espíritu y la comunidad vivirá los signos que renuevan la actividad salvadora de Jesús hoy asumida en nuestras vidas.

Jesús despliega en la cruz su realeza y la inmensidad del amor a la humanidad por el cual existimos: “yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32); en Él todo alcanza su verdadero fin pues es la atracción universal de un Dios que asume la naturaleza humana en su totalidad y en ella, todo el cosmos.

Para la antropología bíblica y patrística, profundamente positivas y unificadoras, la creación

es un templo cósmico en estado de continua creación y liberación, cuya aspiración a su cumplimiento se concreta por la mediación del ser humano cocreador. El ser humano es imagen y lugar de Dios en lo creado, “un ser viviente bello y muy semejante a Dios, la ‘marca de la gloria suprema y la imagen de la potencia divina sobre la tierra’”².

Totalidad de la creación

Vivimos el lamentable olvido de lo que somos y esto afecta todas las dimensiones de la vida “los desiertos exteriores se multiplican en el mundo porque se han extendido los desiertos interiores” (Ls, 217).

La relación trastocada del ser humano con su origen y tarea descentra lo creado de su destino; lo desafecta al convertirlo en mero objeto de uso y de dominio y origina una crisis socioambiental que, desde el punto de vista moral, pone la creación en situación neutra, vulnerable a cualquier poder de un “cazador” que esclavice al mismo ser humano

² De Mopsuestia (ver a Cyrilli, PG 69, 19 BC.), citado por Argárate, *Portadores del fuego*, 93.

exponiéndolo a la exclusión, violencia e injusticia.

Hemos de llegar a una conciencia universal y comenzar algo nuevo. La percepción posmoderna, subjetiva y fragmentaria dificulta afrontar la complejidad de lo real, la rapidez de los cambios y asumir con osadía riesgos existenciales al filo de una conciencia ciega e irresponsable. Sabemos que el desarrollo de lo creado implica orden, caos, orden. Los sistemas abiertos son sensibles al cambio, al desorden y al azar del entorno; por el contrario, los cerrados no, ellos trabajan infructuosamente por el “equilibrio”. Evolucionar supone inestabilidad, desconcierto, oscuridad hacia nuevos comienzos o formación de estructuras superiores y coherentes.

El carácter programático de la escena de Caná revela a un Dios que es amor efusivo y comprometido, sin desalentarse a ser imagen de ese esplendor (2Cor 3,18) y nos confía la misión de vivir la Ecología Integral que articula realidades interdependientes e inseparables de la creación para asegurar su sostenibilidad y la nuestra porque compartimos un destino común: hacer de los bienes, como el

vino, realidades que concreten de modo tangible el amor y la misericordia; acoger la vida compartida con los otros que imperceptiblemente nos sostienen; conectar redes entre la unidad, lo diverso y lo opuesto para que haya riqueza y fraternidad, lejos de exclusión e iniquidad; expresar a través del conocimiento, la ética y la estética la acción de Dios en la cultura.

Somos una armonía compuesta de sonidos diferentes, orquestada por Dios que está presente en el ser de las cosas, las hace diáfanas por su presencia y las constituye en realidades sacramentales.

El tiempo y el espacio

La tarea de que todo vuelva a recuperar la bendición original incluye abrir el tiempo y el espacio a lo sagrado, entendido como perteneciente a Dios.

En las Bodas de Caná se vive la gloria en el instante y se conserva un plan de salvación que despliega el presente hacia la plenitud de La Hora. El presente sintetiza el pasado y atrae hacia el ahora la esperanza futura pues es la totalidad que caracteriza el tiempo sagrado celebrado en la liturgia.

Al contrario, el tiempo fragmentado se llena de rutina, frases hechas, ritos sin vida con poco silencio contemplativo, procesos rotos por la ansiedad y saltos de activismo desenfrenado para responder a lo inmediato. El presente así vivido no transmite la memoria de lo que ha de permanecer, tampoco recrea lo recibido y empobrece el patrimonio de vida y plenitud que se ha de legar a las generaciones venideras.

Al tercer día, Jesús, después de los testimonios y encuentros con sus primeros discípulos, invita a comenzar un tiempo nuevo. Sucede en Caná (*qaná* en hebreo: “adquirir”³), aldea que gana un nuevo significado con la presencia de Jesús, la nueva alianza. Él es el lugar sagrado, como lo revela a la Samaritana (Jn 4,21) y hace de la comunidad lugar de teofanía.

El signo del vino no se da en el desierto abierto e inhóspito, sino en el resguardo de la casa habitada por las/os hermanas/os. Esta perspectiva es propia también de la “casa común” que presenta Francisco, “sabiendo que todo lo bueno que hay en ella será asumi-

do en la fiesta celestial” (*Ls*, 244; ver *Ls*, 1).

En aquel espacio se encuentran unas tinajas de piedra destinadas a la purificación de los judíos. Traen a la memoria la ley, escrita en piedra, de donde se origina la prescripción de la purificación, prescripción decadente para relacionarse de forma libre y afectiva con Dios y la comunidad. Son seis tinajas (número incompleto e ineficaz), con mucha capacidad de contenido, que están vacías. ¿Será una purificación ilusoria? Finalmente, Jesús llena este espacio inerte con vino nuevo.

Hay espacios que impiden sueños de expansión. Cuando el vigor carismático se pierde, enredados en abstracciones o rémoras, el espacio se vuelve sombrío, caótico, vacío de sentido. También encontramos espacios atiborrados, feos e inhóspitos vistos erróneamente como austeridad evangélica; espacios excluyentes, jerárquicos, separados, donde no puede haber fiesta; espacios como nichos ocupados por la misma “tribu”, como dice el Papa Francisco, cuando las situaciones multidireccionales del mundo requieren desplazamientos ágiles y construcción de redes comunitarias más allá de lo

³ Mateos y Camacho, *Evangelio, figuras y símbolos*, 213.

“especializado”, de lo transitado y conocido: “A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales” (Ls, 219).

Proyecto de vida

En Caná encontramos referencias a las escrituras hebreas como la de la gloria de *Yahveh* que se manifiesta en el Sinaí; allí establece una alianza con su pueblo, cuya imagen es una boda: “estabas en la edad del amor; extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez; me uní a ti con juramento, hice alianza contigo..., y fuiste mía” (Ex 16,8).

Jesús es el novio de las bodas mesiánicas, en él se renueva la alianza a través del vino nuevo guardado para el final, y Juan nos introduce en la escena. La vida del discípulo es una vida en alianza. Por ella, Jesús nos une a la danza del amor de la Trinidad y participamos de la misma vida de Dios en comunión con la creación entera. Él nos habita en lo más íntimo, se despliega a sí mismo con un amor total que manifiesta la plenitud de nuestra existencia, a la cual estamos llamadas/os.

De nuestra parte supone vivir referidos a Él, dejarlo actuar para ser transparencia de su luz (Rm 1, 20). Creer que esto tiene sentido y convertir la propia vida, “el mí mismo”, en ese proyecto de luz -que es distinto a tenerlo como un proyecto- hace de cada experiencia personal signo de la gloria que salta más allá de nuestra Hora, encamina a dar la vida llenos de gozo y de sentido, pues desde Caná la hora final queda incluida en una fiesta sin término.

Totalidad de la vida

En la tradición profética, Miqueas concreta tres disposiciones íntimamente unidas a la vida como proyecto leídas también desde la perspectiva de consejos evangélicos: “Se te ha indicado qué es lo bueno y qué exige de ti el Señor: nada más que practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con tu Dios” (Mi 6,8).

La gloria es un derroche de bienes que no puede ser medido, aviva el corazón y llena de entusiasmo, lo cual no se opone a la razón como muchas veces se ha creído. Al contrario, la capacidad

de afecto es indispensable para el desarrollo de actos racionales.

La justicia se abre a un ámbito infinito de gratuidad y generosidad que, además de hacer suya la causa de los humildes, es la integración de virtudes evangélicas que reubican constantemente nuestra vida frente al Padre justo (Jn 17,25).

La desmesura del amor de un Dios que se siente afectado acude a nuestra ternura y vulnerabilidad para que conozcamos y comprendamos la complejidad de la condición humana (biológica, cultural, social) y actuemos con amor gratuito para fortalecer y cuidar la vida.

La búsqueda de la verdad, libre de sofismas o de miedo, para que tenga sentido, es un ejercicio de contemplación y de ascesis: requiere observación “sintiente”, concepción ecológica, escuchar intensamente con sentido crítico y reflexionar sobre los procesos que son dinámicos para llegar a la objetividad; todo en una doble dirección: leer desde dentro la vida y aprender humildemente a leer con los demás.

En la misión, la fidelidad a las palabras de María: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5), es contar con posibilidades inagotables que superan nuestros paradigmas y se quedan cortos para responder a realidades que desbordan y sorprenden hoy.

Miqueas dice que lo anterior es bueno. Cuando lo acogemos experimentamos no solo su bondad y verdad, sino también la belleza como esplendor que abarca la totalidad de la existencia en un cántico de alabanza.

Conclusión

En la medida en que obramos de manera integral y tomamos como propio el destino de nuestras/os hermanas/os, de los seres vivos, de la naturaleza, nos acercamos a participar de la luz de Dios. Para Jesús, nada de este mundo permaneció extraño a su humanidad, lo que lleva a integrar como en una liturgia las acciones más elementales de la vida: beber, comer, lavarse, hablar, comulgar, llorar, consolar. Nuestra condición de creaturas con la misión de remover aquello que opaque la gloria hace de la

vida un cántico de alabanza en el aquí y el ahora.

Bibliografía:

- Argárate, Pablo. *Portadores del fuego: la divinización en los Padres griegos*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.
- Francisco, *Carta encíclica Laudato Sí'*. 3 ed. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2019.
- Mateos, Juan y Camacho, Fernando. *Evangelio, figuras y símbolos*. Madrid: El Almendro, 1999.
- Morin, Edgar, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Disponible en: <https://www.uv.mx/dgdaie/files/2012/11/PPP-DC-Morin-Los-siete-saberes-necesarios.pdf> (Consultado el 16 de junio de 2020).
- Ska, Jean-Louis. *El camino y la casa*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2005.